

rivales y de convocar un concilio general. En efecto, lo convocaron, reforzados por los cardenales hasta entonces partidarios de Benedicto XIII, en la misma ciudad de Liorna, en 29 de junio de 1408, fijando como lugar de la reunion la ciudad de Pisa y como fecha la primavera siguiente. Enviaron invitaciones á todos los reyes y príncipes, universi-

dades, clero y á los dos papas rivales, amenazando á éstos en caso de no comparencia con la destitucion.

Este acto de valor produjo en todas partes honda impresion. Las invitaciones encontraron buena acogida y las contestaciones dieron al colegio cardenalicio que se reunió en Pisa con otras notabilidades, para preparar la reunion del



Escenas de la vida eclesiástica en Italia (año 1400).

Los monjes de la Cartuja reciben del Papa el breve de confirmacion. Copia del relieve, obra del escultor Juan Antonio Quivano (1447-1522), que se halla encima de la puerta de la iglesia de la Cartuja de Pavia.

concilio, la seguridad de que podía contar con el apoyo de la inmensa mayoría de la cristiandad. Verdad es que hubo tambien contrarios, pues los dos papas excomulgaron cada uno por su lado á cuantas personas y corporaciones tomaran parte en el concilio. Este se reunió á fines de marzo del año 1409 en Pisa, y á él asistieron enviados de los reyes de Inglaterra y Francia para hacer constar la conformidad de estos soberanos con lo dispuesto por los cardenales; pero por otra parte protestó contra la reunion del concilio el rey

Ladislao de Nápoles, que con el asentimiento secreto, y quizás á propuesta directa de Gregorio XII, se habia apoderado en febrero del mismo año de la ciudad de Roma; y el rey de Alemania, Ruperto del Palatinado, hizo presentar al concilio una larga enumeracion de objeciones contra la legalidad de las disposiciones tomadas recientemente por los cardenales, lo cual venia á ser equivalente á una protesta. La Alemania en este asunto capital, que tanto le interesaba, hizo como en otros un papel pasivo y desgraciadísimo, con-

secuencia de la desunion y triste desorganizacion que en ella reinaba, sobre todo desde la muerte de Carlos IV.

El rey Wenceslao se habia cansado de ocuparse en la mejora del imperio, no por falta de talento é inteligencia, sino porque la resistencia, la inercia, la indolencia y el egoismo de todos eran mas fuertes que la energía del joven rey. Así, convencido de la inutilidad de todos sus esfuerzos, dejó correr las cosas como quisiesen y gradualmente se fué entregando á los vicios, hasta que llegó á ser un verdadero monstruo de liviandad, embriaguez y crueldad, sin mas ley que sus caprichos brutales y feroces. En el principio de su reinado habia tratado de asegurar la paz interior de Alemania fundiendo en un solo centro bajo su direccion las ligas defensivas de las ciudades y de los señores, establecidas contra los perturbadores de la paz y para no ser absorbidos por los príncipes y sus ligas. Con esto confesaba la corona real su impotencia y su falta de autoridad para hacer imperar el derecho de cada uno y la justicia; pero á falta de otro poder y fuerza coercitiva, mucho era ya que Wenceslao lograra, como logró, en el mes de marzo de 1383 en Nuremberg establecer una paz general interior ó tregua de guerras parciales durante doce años por medio de una liga compuesta de varias otras. Al propio tiempo propuso la division de todo el imperio en doce grandes circunscripciones; pero este proyecto no fué comprendido ni ejecutado sino mas de un siglo despues, siendo luego patente su grande utilidad como igualmente la incompatibilidad de los intereses de las diferentes clases sociales. Las ciudades en su mayor parte se mantuvieron apartadas de la liga de paz porque no se fiaban de los príncipes; y cuando Wenceslao en el verano de 1384 hizo la fusion de la liga de paz de Nuremberg con la liga de Ehingen, formada dos años antes por el duque Leopoldo de Austria, el conde Everardo de Wurtemberg y algunas ligas de señores de horca y cuchillo de Suabia, las ciudades, mas recelosas que nunca, se unieron tambien en ligas mas numerosas, como la que formaron en el año 1385 en Constanza con la confederacion suiza 13 ciudades rhinianas y 30 de Suabia. La victoria de los suizos en la jornada de Sempach redundó tambien en favor de sus aliadas las ciudades, que desde entonces inspiraron mas respeto á los príncipes y hasta Wenceslao buscó su amistad, sin que por esto pudiese impedir que estallara la gran guerra entre ellas y sus enemigos de siempre, los príncipes y nobles caballeros. Wenceslao, impotente para evitarlo, presenció la apuradísima situacion de las ciudades de Suabia despues de la derrota de Doffingen, la desgracia de las rhinianas, que fueron derrotadas por Ruperto del Palatinado, y la de todo el Mediodía de Alemania, asolado y destrozado por tantas guerras intestinas y particulares. En 1389 se estipuló en el parlamento reunido en Eger una paz ó mejor dicho una tregua general interior por seis años, quedando autorizadas tambien las ciudades para impedir toda contravencion con las armas, si bien en cambio se les prohibió formar ligas y admitir ciudadanos que tuvieran su residencia y domicilio en otra poblacion, lo cual les cortó su porvenir y pujanza. Abandonadas otra vez por el imperio y el rey, no quedó á las ciudades mas recurso para no ser absorbidas por los príncipes que su propia fuerza. Así no podía inspirarles ya ningun interés la suerte del imperio, del cual habian sido en los últimos cincuenta años el sostén mas valioso. Por lo pronto, los príncipes las dejaron en paz, por la guerra que hicieron á los señores de horca y cuchillo especialmente en Suabia, donde el conde Everardo de Wurtemberg luchó contra la liga de caballeros llamada de los mayales. Esta fué solo una tregua que permitió á las ciudades reponerse de la última guerra, tan desgraciada para ellas, y reunir nuevas fuerzas.



Sello del instrumento de paz y seguridad públicas del rey Wenceslao (tamaño del original).

Tiene en el centro el busto del rey, á su derecha el escudo del águila de una cabeza y á la izquierda el escudo de Bohemia. La inscripcion circular dice: † S. PACIS. PER. DNM. WENTZESLAV. ROMA. NORV. ET. BOEMIE. REGE. ORDINATE.

Consérvase en el Archivo del Gobierno de Berlin.

tinuó gobernando como autócrata y déspota. Desde entonces no se cuidó ya mas de Alemania, y se mantuvo espectador indiferente de las guerras interiores que destrozaban el imperio, el cual por su parte tampoco hizo el menor caso de él. Los príncipes rhinianos sobre todo se apartaron de su persona, y los príncipes electores meditaron su destitucion, á cuyo fin entraron en tratos con el rey de Inglaterra Enrique IV, á quien prestaron pleito homenaje los príncipes electores del Palatinado y de Sajonia, mientras Wenceslao, fiel á la política de su casa, se aliaba con el rey de Francia Carlos VI bajo pretexto de acabar unidos con el cisma. Si alguna vez Wenceslao hizo uso en Alemania de sus derechos fué para pedir recursos metálicos; mas esto no indignó tanto á los potentados alemanes como el negocio sucio que hizo con Galeazo Visconti, al cual confirmó en la posesion de Milan, de cuya ciudad y territorio se habia apoderado ilegítimamente, nombrándole, á cambio de una fuerte suma de dinero, vicario del imperio y confiriéndole para él y sus descendientes el título de duque de Milan. Este tráfico vergonzoso sirvió á los príncipes sus contrarios de motivo para destronarle; á cuyo fin se reunieron en abril de 1399 en Boppart los príncipes electores del Palatinado, de Maguncia y de Colonia. En junio se adhirió en Marburg el de Sajonia y en setiembre el de Tréveris; y continuando la propaganda,



conquistaron la adhesión de todos los príncipes del imperio á excepción de los hermanos de Wenceslao. La alianza estaba dirigida contra toda persona que aceptara el vicariato de la corona, ó la misma corona de Alemania, sin la aprobación y asentimiento de los aliados, pero esto no era más que un pretexto y no tardaron los aliados en tratar públicamente del destronamiento de Wenceslao. Hubo divergencias respecto del sucesor que había de ser elegido, sin que supiesen los interesados ponerse de acuerdo en dos reuniones que con este objeto celebraron en Francfort en la primavera del año 1400. En esta cuestión se puso de manifiesto por primera vez el antagonismo que, exacerbado por los sucesos ocurridos en los últimos tiempos en Alemania, existía entre el Norte y el Mediodía; los príncipes del Sur de Alemania tuvieron por candidato á Ruperto del Palatinado, á cuyo favor trabajó con especial empeño Juan de Nassau, arzobispo de Maguncia; y los príncipes del Norte apoyaron al duque Federico de Brunswick. Este fué asesinado á su regreso de Francfort por vasallos del arzobispo de Maguncia, circunstancia que dió lugar á sospechas que no favorecen á los partidarios de Ruperto del Palatinado. Desde entonces no hubo más candidato que este último; mas los príncipes, para mejor legalizar la elección, solicitaron la aprobación de Bonifacio IX, contraviniendo así á lo dispuesto en la bula de oro, como se había faltado á ello en vida de su autor, Carlos IV, cuando éste quiso que se eligiese rey de Alemania á su hijo Wenceslao, á quien á la sazón se trataba de destronar. De este modo se dió á la Iglesia intervención en los asuntos interiores del imperio, cuando la Iglesia, dividida, impotente y desamparada esperaba su salvación de Alemania.

En 20 de agosto de 1400 los príncipes electores celebraron una conferencia en Oberlahnstein para concertarse respecto del destronamiento de Wenceslao y de la elección de Ruperto del Palatinado. Para lo primero redactaron una acta de acusación en toda regla con siete capítulos de cargos que hacían á Wenceslao indigno de la corona de Alemania. El primero le acusaba de no haber procurado la paz de la Iglesia; acusación singular si se atiende á la situación en que entonces se hallaba la Iglesia y de la cual por cierto no podía culparse á Wenceslao, que además había contribuido á facilitar la acción de los cardenales tocante á la convocación de un concilio general, adhiriéndose en seguida á la declaración de neutralidad de la Francia. El segundo punto estaba mejor fundado, porque acusaba al rey de haber perdido ciudades y territorios del imperio, cuya integridad estaba obligado á conservar. Esto se refería principalmente al vil negocio que había hecho con Visconti de Milan. La acusación de no haber conservado la paz interior ni hecho prevalecer la justicia, ni amparado los derechos atropellados, era fundada; pero con igual fundamento podía dirigirse contra todos ó casi todos los miembros del imperio, y Wenceslao podía alabarse de que había hecho cuanto había podido en Nuremberg, Heidelberg y Eger para sostener el orden y la paz interiores, y si no había obtenido todo el éxito deseado, había sido por culpa de los príncipes. Acusábase también á Wenceslao de haber concedido cartas firmadas en blanco para que los que las adquirieran las llenasen según su deseo. Falta saber hasta dónde esta acusación era fundada y si Wenceslao había hecho este comercio como rey de Alemania ó solo como rey de Bohemia. Es probable que los príncipes generalizaran algunos casos aislados, como lo hicieron evidentemente en el séptimo punto de su acusación, que imputaba al rey el haber perseguido y hecho matar á eclesiásticos, refiriéndose mentalmente á la muerte de Juan Nepomuceno, es decir, Juan,

natural de Nepomuk, ciudad de Bohemia, vicario del arzobispo de Praga, á quien hizo arrojar en marzo de 1393 del puente al río á consecuencia de un conflicto que la tradición piadosa de los católicos ha atribuido erróneamente á haberse negado el sacerdote á comunicar al rey tirano la confesión de su esposa Sofía, pero que en realidad nació de la excomunión de varios favoritos del rey, pronunciada contra ellos por el arzobispo de Praga, Juan de Jenzenstein, hombre rígido, que pudo huir á tiempo para no ser víctima del tirano. Este mandó prender al vicario con los demás consejeros y auxiliares del arzobispo, á quienes trató cruelmente para conseguir la anulación de la excomunión, especialmente al vicario, que se mantuvo inflexible. La relación legendaria es invención posterior para justificar y acreditar la confesión oral, desechada por los husitas. Esto y algunas otras adiciones han permitido á los jesuitas en el siglo XVII hacer de Juan, natural de Nepomuk, un santo, mártir de la religión y de la libertad y patron nacional de Bohemia, para ocupar en la mente del pueblo el puesto de Juan Huss, venerado allí como santo, aunque quemado como hereje.

En vista de estos y otros muchos delitos y maldades, «tan públicos y sabidos que no podían ser ocultados ni abonados,» los príncipes reunidos en Oberlahnstein declararon á Wenceslao de Bohemia indigno de la corona de Alemania y por tanto destronado. En su lugar fué elegido Ruperto del Palatinado, á instigación de Juan de Maguncia. Ruperto confirmó desde luego todos los fueros y privilegios de los príncipes electores; después suprimió todos los derechos de tránsito y otros impuestos introducidos por Wenceslao, exceptuando los derechos é impuestos que cobraban en sus Estados los príncipes electores; además se obligó á recuperar á Milan y la Lombardía, y á poner término al cisma de la Iglesia, dos cosas imposibles, pues que ninguno de los príncipes electores pensaba en facilitar á su elegido los medios de reducir á los Visconti á la obediencia. Así condenaron desde un principio al nuevo rey á la impotencia más ridícula si trataba de cumplir los compromisos contraídos, ó á infringir el pacto si no trataba de cumplirlos; de suerte que no parece sino que los príncipes electores tuvieron el propósito de desacreditar completamente la dignidad real para mejorar su posición propia. En vista de esto, es tanto más meritorio que Ruperto emprendiera en condiciones tan desesperadas, sin tener terreno firme bajo sus pies, la misión que sus electores le habían impuesto; pero fracasó como no podía menos de suceder, acabando de desacreditar la dignidad real de Alemania; y aunque robusto, activo, hábil y apto, se gastó en poco tiempo, sin poder apartar del imperio la triste suerte que le esperaba.

En el mes de setiembre de 1401 pasó Ruperto los Alpes para reconquistar por lo pronto á Milan; el 21 de octubre siguiente fué completamente derrotado cerca de Brescia por Juan Galeazo Visconti y sus aliados, y en el mes de abril de 1402 estaba de regreso en Alemania, habiendo perdido su ejército. Esto naturalmente perjudicó su posición en Alemania, donde por lo demás ninguna huella de su paso por el trono se conserva, y es que la monarquía era solo un sonido vano, nadie hacía caso de ella; y los estados ó brazos procedían á su antojo como si jamás hubiesen conocido ni al imperio de Alemania ni á su jefe. Todas las tentativas de Ruperto para acabar con esta situación vergonzosa y ejercer los derechos correspondientes á la corona fueron calificadas de extralimitaciones y de invasión de los fueros de los príncipes, que con esto mostraron sus pérfidas intenciones. No quiso tolerar los asaltos y robos de algunos caballeros vasallos del arzobispo de Maguncia, y entonces el arzobispo, de protector y amigo, se volvió su más sañudo enemigo,

porque habiendo como elector elevado á Ruperto al trono, se creía con derecho á precipitarle de él, y á poner á otro en su lugar, desde el momento en que su protegido no se prestase á ser su instrumento ciego. A este fin formó el arzobispo en setiembre de 1405 una liga por cinco años con el marqués de Baden, el conde Everardo de Wurtemberg, la ciudad de Estrasburgo y 17 ciudades de Suabia, contra cuantos enemigos trataran de perjudicar á los asociados en su territorio, en sus súbditos ó en sus derechos; es decir, contra el rey siempre que quisiese ejercer las atribuciones y deberes de su corona. Verdad es que declararon al propio tiempo, por supuesto por pura fórmula, que cumplirían sus deberes para con el imperio y que cuidarían de la paz interior; pero no era menos cierto que semejante liga era incompatible con la monarquía, que quedaba desarmada por el mismo principio que, aplicado de otra manera, hubiera contribuido á detener la desagregación del imperio. Completamente inerte Ruperto en frente de tales asociaciones, la tentativa que hizo para disolver la liga de Marbach, aunque la hizo indirectamente negando á los brazos del reino el derecho de formar ligas sin el consentimiento del rey, no podía menos de acelerar su destronamiento. El arzobispo de Maguncia rechazó esta pretensión recordando á Ruperto que él había rechazado otra idéntica en tiempo y en contra del rey Wenceslao. A fines del año 1406 el rey se vió obligado á reconocer en Umstädt explícitamente el derecho de los miembros del imperio á formar asociaciones y ligas sin la autorización del monarca. Este reconocimiento del derecho ilimitado de los miembros del imperio para formar federaciones ó ligas debía conducir forzosamente á la destrucción de todo orden y ley y del imperio mismo; el arzobispo elector de Maguncia á la cabeza de su liga de Marbach fué el dueño del rey y del imperio, tanto que el rey tuvo que prometer no formar alianza ninguna sin el permiso de Juan de Maguncia.

Ruperto no pudo resolverse á abdicar en vista de su situación insostenible, y para devolver á la corona vilipendiada su autoridad buscó en el extranjero el apoyo que en el imperio nadie le quería prestar. Para esto le sirvieron de pretexto el cisma de la Iglesia y la contienda de los papas rivales. Entonces esta cuestión adquirió grandísima importancia en la situación interior del imperio, el cual resultó colocado en una posición falsa respecto de las grandes cuestiones eclesiásticas que agitaron á la Europa en aquella época, posición que le impidió proceder con decisión como hizo Francia, á pesar de la debilidad de su rey Carlos VI. La culpa de esto era evidentemente de los magnates alemanes, y en particular de los príncipes electores; y si Ruperto tomó el partido de Gregorio XII y procuró apoyarle y entorpecer la marcha del concilio, creyendo con esto poder sostenerse en el trono, fué porque los príncipes electores le habían empujado por este camino al faltar á lo dispuesto en la bula de oro cuando solicitaron de aquel papa la aprobación de la elección de Ruperto. Además, entretanto el rey Wenceslao, á quien una sublevación de la nobleza de Bohemia había privado de la libertad y del poder absoluto en su reino particular, los recobró súbitamente, y en vista de la situación desesperada de Ruperto, creyó poder obtener de nuevo la corona real de Alemania, á la cual jamás había renunciado oficialmente. A esto se agregó el extraordinario aumento de apoyo que Gregorio XII en Italia recibía de su aliado Ladislao de Hungría, heredero de la corona de Nápoles, el cual por otra parte estaba amenazado de perder la Hungría por los partidarios de Wenceslao, por cuyo influjo el hermano de éste, Segismundo, se había casado con María, hija de Luis el Grande. Ruperto entretanto

consiguió ser coronado formalmente rey de Alemania en Aquisgran en el mes de noviembre del año 1407, y pudo también poner de su parte algunos miembros de la liga de Marbach. Así, cuando en el parlamento reunido en Francfort á principios del año 1408 se suscitó la cuestión de la Iglesia, Ruperto se declaró decididamente contra la convocación de un concilio general, el cual, en su opinión, en lugar de restablecer la unidad de la Iglesia, no podía hacer más que aumentar el cisma. Así sucedió, en efecto; pero el rey en esta cuestión tuvo contra sí la opinión de las clases dominantes en Alemania, que hacían responsable al papa Gregorio XII de la continuación del cisma, y que esperaban el restablecimiento de la unidad de la Iglesia únicamente del proyectado concilio general. El arzobispo de Maguncia y Wenceslao eran también en esto adversarios de Ruperto, porque apoyaban la reunión del concilio, con lo cual conquistaron el apoyo del partido de la reforma de la Iglesia en Alemania; de suerte que la reunión del concilio fué también para la situación interior de Alemania un suceso decisivo.

El papa Gregorio XII, hombre precavido, había trasladado su residencia á Rimini, donde estaba bajo la protección poderosa de Carlos Malatesta, gran hombre de Estado y gran capitán. A pesar de las excomuniones que fulminaron los dos papas contra cuantos tomaran parte en el concilio y le prestaran ayuda, se reunió éste y fué abierto solemnemente en Pisa, en la iglesia de San Miguel, el 25 de marzo de 1409, día de la Anunciación de Nuestra Señora, asistiendo una concurrencia inmensa. Desde la citada iglesia los miembros del concilio pasaron en procesión solemne á la catedral, donde habían de celebrar sus sesiones. Asistieron más de 20 cardenales, en su mayoría procedentes del partido de Gregorio XII; los cuatro patriarcas de Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Grada; 80 obispos y más de 80 abades en persona, y más de 100 de los primeros y 200 de los segundos por representación de apoderados. Concurrieron también 41 priores y los generales de las órdenes de Santo Domingo, de los minoritas, carmelitas y de San Agustín; el gran maestro de la orden de San Juan en Rodas con 16 comendadores; el prior general de la orden del Santo Sepulcro y el procurador general de la orden teutónica de Santa María, que á la sazón estaba á punto de romper con la Lituania y la Polonia y á entrar en la lucha por su existencia. Mas de 100 cabildos catedrales enviaron sus representantes; y se calculó en 300 el número de doctores en teología y derecho canónico que comparecieron, los cuales con los representantes de las universidades, y á su cabeza la de París, representaban la flor de la erudición eclesiástica de la época. Por último enviaron embajadas más ó menos fastuosas casi todos los Estados cristianos del Occidente.

Pedro Philargi, arzobispo de Milan, cardenal-presbítero del título de los Doce Apóstoles, inició los debates en la primera sesión, que se celebró el 26 de marzo, con un discurso en el cual manifestó claramente el propósito reformador del concilio, tomando por base el capítulo 20, versículo 7, del *Libro de los Jueces*: «Aquí estais todos, hijos de Israel; resolved lo que debe hacerse.» Después expuso en términos fuertes un cuadro de la grandísima responsabilidad que pesaba sobre los dos papas por haber hecho necesaria con su conducta la reunión del concilio general. Declarado abierto éste, fueron elegidos los empleados, como procuradores, notarios y abogados; se hizo constar la no comparencia ni personal ni por apoderado de Pedro de Luna, que se llamaba Benedicto XIII, y de Angel Corraio, que se decía Gregorio XII, á pesar de haber sido cita-